

«El doctor tuvo, desde el inicio del relato de Myriam»... *Ibidem*, pág. 107.

«Desde el inicio de la campaña»... José María Gironella: *Un millón de muertos* (Barcelona, 1961), pág. 331.

«En las horas que precedieron al inicio de la batalla»... *Ibidem*, pág. 238.

«...desde el inicio de la guerra»... *Ib.*, pág. 451.

«Aquél fue el inicio del combate». *Ib.*, pág. 453.

«El inicio victorioso de la operación»... *Ib.*, pág. 512.

«Podía decirse que desde el inicio de la batalla». *Ib.*, pág. 515.

Y así en las páginas 580, 615, 639, 649, 659, 717, 738, 758. etc.

«...y no llegan si no a un inicio o embrión de cambio morfológico» (las mutaciones). Carmen Castro, traducción de *Visión del pasado*, de Pierre Teilhard de Chardin (Madrid, 1966), pág. 181.

«...así como el embriagador y salvaje inicio de la infancia en Combourg». Ana M.^a de la Fuente y J. Ferrer Alen, traducción de *La Adoración*, de Jacques Borel (Barcelona, 1966), pág. 251,

«...es, pues, un test muy sencillo y además barato para hacer el diagnóstico del embarazo a sus inicios.» Andrés Lupo Canaletta traducción de *Vuestro cuerpo y vuestra alma*, de Frank y Slaughter (Barcelona, 1963), pág. 203.

Si disponemos de expresiones o vocablos de innegable prosapia literaria, ¿para qué introducir en el léxico estas voces nuevas, que carecen de abolengo, aunque procedan directa o indirectamente, esto es, ya sean transcripciones literales o metamorfoseadas, de otra lengua?

Libreme Dios del afán neológico de un Francois Viete, de un Heidegger, de un Zubiri o de un Zunzunegui, aun cuando la palabra o giro elegidos no sean de nuestra propia creación y denoten en su estructura su próxima o remota ascendencia.

Que se enriquezca el lenguaje con voces de que carece no es censurable y lo aplaudo mas reniego, si las tiene.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

TRUJILLO

LETRAS DE LUTO

JOSE MARIA HIGUERO LOPEZ-MONTENEGRO



EN la mañana memorable, 28 de Agosto, de este año de gracia, festividad litúrgica del gran Padre de la Iglesia, San Agustín, voló rauda a tomar parte en los arpegios de la celestial Jerusalén, la voz lírica y sonora del ruiseñor trujillano, José María Higuero López-Montenegro, a la edad vital de 29 años, plena de florida juventud, para seguir alabando al Señor y a la Virgen bendita, rosa de misericordia y amor, a los que amaba con delirio.

José María Higuero, conocido y admirado no sólo en Trujillo sino que también en los pueblos cacereños y en la rica provincia hermana, en España y hasta más allá de sus fronteras, ha fallecido confortado con la gracia santificante de los postreros sacramentos de la Madre Iglesia, y además, alentado con la indulgente bendición de Su Santidad y las copiosas plegarias familiares ungidas con lágrimas del corazón, perlas de inmenso dolor, según correspondía a su robusta fe religiosa, jamás traicionada.

Una nube de tristeza ha pasado por el ámbito de la noble ciudad de Trujillo. Un velo de luto funeral ha vestido el corazón de millares de almas cuando las campanas, de parroquias y conventos, anunciaron el óbito de José María Higuero. Bastaría recordar la muchedumbre formada por las clases sociales de la población; la asistencia de los pueblos comarcanos, de Cáceres, Badajoz, Mérida, de Madrid..., ocupando la opulenta y aristocrática morada familiar; el ingente acompañamiento que seguía al féretro camino del templo parroquial de San Martín, precedido de la Cruz redentora; el religioso funeral, de *corpore insepulto*, y luego la comitiva fúnebre hasta el cementerio de la Vera Cruz, para darse una idea de su enorme magnitud.

José María Higuero, aunque joven, era hombre popular. Vivía entrañado en el alma del pueblo, amado y querido de todos. Su garbo da-

divoso fue para él, arma de conquista segura y flameante, y su viva cordialidad, el imán que atraía hacia sí lazos de sincera amistad. El cielo le había dotado de fáciles medios de comunicación humana: efusión verbal y un generoso afán de hacer bien a todos que le ganaba, sin combate, los corazones.

Poseía una extraordinaria vocación artística musical dominadora de todas sus facultades superiores. El canto, llenaba los anhelos de su espíritu y se gozaba en comunicar a los demás estos dones que Dios había derramado, a manos llenas en su alma. Ya, durante los años de sus estudios de bachiller en el colegio de la Compañía, en Villafranca, su voz sonora y armoniosa, anunciaba una espléndida floración que, poco a poco, se iba transformando en realidades profundas. Y luego la total dedicación al difícil y complicado arte del canto, bajo la guía segura de prestigiosos profesores, los progresos no se hicieron esperar: José María Higuero se convirtió en un formidable tenor, con una voz armoniosa, sostenida, de pura maravilla, que deleitaba a los oyentes.

En TVE, en fiestas de rango nacional muchas veces contemplamos su figura arrogante, simpática, destacada entre voces ya consagradas por la fama y largos años de vida profesional. Pero desde sus comienzos, José María Higuero, se gozaba en formar parte del coro parroquial de los Antiguos Cruzados Eucarísticos de nuestro pueblo. Y sin duda, que, su dichosa participación daba la nota de un hermoso realce, en las fiestas del Corpus, de la Asunción, de la Patrona de Trujillo, en las de Navidad y Año Nuevo, y hasta en algunos domingos que interpretaba lindas plegarias a la Virgen entre la admiración de los fieles.

Luego, en las veladas literarias que se celebraban en el teatro Gabriel y Galán de Trujillo, singularmente, las preparatorias de la fiesta de la Virgen de la Victoria, el tenor desaparecido, dedicó sus más escogidos cantos de gratitud y amor, que el auditorio premiaba con encendidos y prolongados aplausos.

La extraordinaria irradiación de su espíritu y mágico hechizo que ejercía sobre los compañeros del coro, le impulsaron a formar parte de los Antiguos Cruzados Eucarísticos, con lo que vino a reforzar su admirable devoción a la Sagrada Eucaristía y a la Virgen, destacando la advocación mariana por Santa María de Guadalupe, Reina de la Hispanidad.

Y tal fue la participación suya en los cultos religiosos, en orden a los cantos, que, sus admiradores, fácilmente notaban su ausencia. Este mismo año, recordábamos nosotros, en la crónica de la fiesta de la Asunción, la falta en la Misa de Perosi y en la linda plegaria mariana de la más fina polifonía.

José María Higuero había logrado un lazo fraterno con los Cruzados Eucarísticos. Y cuando contrajo matrimonio los invitó a su boda asistiendo los componentes del coro, y cantando en la ceremonia, que tuvo lugar en el templo de la Concepción de Madrid, unos preciosos motetes, corriendo de su cuenta todos los gastos.

Era hombre rumboso, porque podía serlo. Ahora que, jamás obra por impulso adquisitivo, sino donativo y generoso. José María Higuero estaba divinamente enamorado de tan sublime arte; poseía una vocación musical que le empujaba hacia la conquista de las cumbres móviles de la fama. Pero en las intervenciones religiosas fácilmente se admiraba su franca adhesión a lo sobrenatural, y con estas singulares cualidades enriquecía y brillantaba su belleza, que, tanto y tanto, le acercaban a Dios y a su Madre Inmaculada. ¡Qué bien conocía, el ruiseñor trujillano fallecido, que la grandeza del hombre radica en la proximidad a Dios y a la Virgen Purísima!

Un día, tal vez movido por el presentimiento de su muerte, no lejano, rogó a un piadoso sacerdote que, en sus funerales actuasen los Cruzados y que estuviera presente la bandera blanca de los Cruzados Eucarísticos, en cuyas filas militaba, en honor del más divino Sacramento.

Digamos que los afanes últimos de José María Higuero, se han cumplido con entrañable fidelidad. Porque la bandera de los Cruzados apareció enarbolada en lugar preferente del presbiterio en los funerales y en el cortejo fúnebre; el canto de la Misa corrió, según su deseo a cargo del coro que él tantas veces exaltó con su voz maravillosa, triunfal, acompañándole, además, hasta la última morada, entre aquel impresionante duelo. Y pensemos que, por la misericordia infinita de Dios y la mediación poderosa de la Virgen, su alma gozará de las celestiales delicias, en la Ciudad de la Paz, de la Luz, de la Belleza, del Amor.

Es, el más pleclaro y definitivo triunfo, de José María Higuero.

MARCELINO GONZALEZ HABA

Septiembre, 1968.